

ESAS OTRAS MUJERES: LAS BRUJAS EN LA LITERATURA INFANTIL

THOSE OTHER WOMEN: WITCHES IN CHILDREN'S LITERATURE

AQUELAS OUTRAS MULHERES: AS BRUXAS EM LITERATURA INFANTIL

Beatriz FERNÁNDEZ HERRERO *

Resumen: Las brujas son, seguramente, los personajes femeninos que con más frecuencia aparecen en los cuentos infantiles de todas las épocas. La etimología de la palabra inglesa *witch* parece provenir del término egipcio *baq*, que significa poder femenino, mujer conocedora de su poder, y en definitiva, mujer empoderada. ”. En este trabajo se realiza un recorrido que comienza con el origen de las brujas en las mitologías clásicas, para luego pasar a analizarlas como personajes literarios y más concretamente, como protagonistas de la literatura infantil, analizando cómo el arquetipo que representan ha ido modificándose, desde los cuentos tradicionales, en los que representaban la personificación femenina del mal, hasta los contemporáneos, en los que su maldad se ha diluido y su papel es el de compañeras divertidas de las niñas y niños lectores.

Palabras clave: brujas; literatura infantil; arquetipos morales; cuentos clásicos; cuentos contemporáneos.

Abstract: Witches seem to be the most recurrent female characters in fairy tales. It is believed that the English word *witch* originates from the Egyptian term *baq*, which means female power, a woman who is aware of her own power and is in turn an empowered woman. This study outlines the origin of witches in classical mythology in order to present them as literary characters and more precisely as protagonists of childhood literature. This analysis shows that the archetypes they represent have

* Doctora en Filosofía e Licenciada en Pedagogía pola Universidade de Santiago de Compostela (Galicia, España). Exerzo como profesora Titular de Universidade na propia Universidade de Santiago de Compostela, no Campus de Lugo, nas Facultades de Humanidades e de Formación do Profesorado. As liñas de investigación teñen relación coa miña docencia: Educación en valores e para a cidadanía (con especial atención á literatura como medio para educar e transmitir valores), Dereitos Humanos, Estudos sobre as mulleres e Bases éticas da colonización americana (temática sobre a que realicei a miña tese doutoral).Gústame escribir contos, dos que teño algún premio e algunha publicación (Una azucena en el bosque, Editorial Edebé, etc). Contato: beatriz.fernandez.herrero@usc.es.

changed over time, from being the female personification of evil in traditional tales to being comical companions of young readers in contemporary literature.

Keywords: witches; childhood literature; moral archetypes; classical tales; contemporary literature.

Resumo: As bruxas são certamente os personagens femininos que aparecem com mais frequência nas histórias de todos os tempos das crianças. A etimologia da palavra parece vir do egípcio *baq* bruxa, o que significa poder feminino, mulher experiente de seu poder, e *mulher*, em última instância habilitada. Neste trabalho se realiza uma rota pela origem das bruxas na mitologia clássica, movendo-se a analisá-los como personagens literários e, mais especificamente, como protagonistas da literatura infantil, analisando como o arquétipo por elas representado vem mudando dos contos tradicionais, onde era a personificação feminina do mal, aos contemporâneos, em que o mal tenha sido diluída e exercen como companheiras de divertimento dos leitores infantis.

Palavras-chave: bruxas; literatura infantil; arquétipos morais; literatura clásica; literatura contemporânea.

El valor que la literatura infantil tiene en la formación de las niñas y los niños ha venido y viene siendo tema de variados estudios y desde múltiples perspectivas. Desde que en 1928 se publicara la “Morfología del cuento” de V. Propp, han sido numerosos los trabajos acerca de este género literario que se han realizado por numerosos especialistas en campos como la antropología, el psicoanálisis, la psicología, etc., que aportaron una visión multidisciplinar y complementaria a este ámbito.

Todos ellos coinciden en señalar que, además de su aspecto lúdico y recreativo, la literatura tiene para la infancia una importantísima función educadora, tanto en los niveles formales como en los no formales. En efecto, la lectura o la escucha de cuentos y relatos estimula la fantasía y la creatividad y aumenta su competencia comunicativa, pero también ayuda, y este aspecto resulta muy importante, a construir una escala de valores que le permiten a la persona vivir en una sociedad.

Sin embargo, entre la literatura clásica y la contemporánea podemos diferenciar dos diferentes maneras de socializar y moralizar a las personas: en la clásica se trata de presentar las normas, costumbres y los valores de su grupo, con una enseñanza que ya viene explicitada desde el argumento, finalizando a veces con una moraleja que reafirma

más su intención: el bien siempre es premiado y el mal castigado, interviniendo en ocasiones elementos mágicos para conseguirlo. En la literatura infantil contemporánea, por el contrario, los personajes y la acción se presentan a modo de ejemplos para que los pequeños lectores puedan tener modelos de acción y puedan ir construyendo una escala de valores autónoma.

Un personaje interesante al respecto, ya que constituye un arquetipo moral femenino muy importante, lo constituyen las brujas, a las que dedicaremos las páginas que siguen.

La aparición de las brujas en la literatura

En el imaginario colectivo, las brujas han sido desde siempre la representación femenina del mal, con poder para hacer filtros, pociones o encantamientos.

No es de extrañar, pues, que su imagen haya sido utilizada en la literatura como portadora de desgracias, ya desde la época de la tradición oral; sin embargo, las primeras hechiceras no son todavía las brujas: como apunta Lara (2010) en la mitología griega, por ejemplo, los personajes de Circe y Medea son los precedentes remotos de lo que siglos más tarde será la categoría de las brujas. Son, según refiere la citada autora, las hechiceras primigenias, integradas en la categoría de clásicas, es decir, cercanas a la divinidad, caracterizadas sobre todo por su dominio de las fuerzas de la naturaleza a través de su conocimiento de las hierbas y otros elementos, que utilizan para su magia. Como apunta Mircea Eliade,

La mujer está, pues, solidarizada místicamente con la Tierra; el parto se presenta como una variante, a escala humana, de la fertilidad telúrica. Todas las experiencias religiosas en relación con la fecundidad y el nacimiento *tienen una estructura cósmica*. La sacralidad de la mujer depende de la santidad de la tierra. La fecundidad femenina tiene un modelo cósmico: el de la *Terra Mater*, la *Genetrix* universal.

...A tales concepciones míticas corresponden las creencias relativas a la fecundidad espontánea de la mujer y a sus ocultos poderes mágico-religiosos, que ejercen una influencia decisiva sobre la vida de las plantas. El fenómeno social y cultural conocido con el nombre de «matriarcado» está vinculado al descubrimiento del cultivo de las

plantas alimenticias por la mujer. Fue la mujer la primera que cultivó las plantas alimenticias. Por tanto, era natural que pasara a ser la propietaria del suelo y de las cosechas. El prestigio mágico-religioso y, como secuela de éste, el predominio social de la mujer, tienen un modelo cósmico: la figura de la Tierra-Madre (ELIADE, 1967, p. 124-125, cursivas del autor).

Sin embargo, la presentación que se hace de ellas es generalmente negativa, como seres malvados, quizá a causa de que las nuevas religiones consideraban a las antiguas de un modo peyorativo.

Por otra parte, otra categoría de hechiceras clásicas, las ubicadas en Tesalia, tenían la capacidad de transformarse en animales y otros seres, además de utilizar diferentes elementos y sustancias repugnantes para elaborar sus brebajes, ejerciendo como figuras activas, capaces de influir en el destino de los seres humanos.

Cada vez más, las hechiceras se irán convirtiendo en seres terroríficos en cuanto a sus costumbres y su apariencia, temidas y respetadas al mismo tiempo, como la Canidia de los *Épodos* de Horacio que incorpora el elemento de la maldad en el camino hacia el personaje de las brujas, u otras capacidades y procederes monstruosos, como las *striges* de Ovidio, que raptan niños y pueden llegar a ser antropófagas.

Vemos, pues, cómo cada vez las hechiceras van evolucionando hacia lo que posteriormente serán las brujas; sin embargo, para que puedan existir éstas es necesario incorporar el elemento del pacto con el diablo, por lo que tal situación solamente puede ocurrir tras el advenimiento del cristianismo, el cual demoniza los antiguos cultos paganos, siendo las mujeres quienes se encargan de mantenerlos vivos. Este hecho, sumado a la creciente misoginia que despertaba el género femenino cuando comienza a imperar la autoridad masculina en la sociedad, hace que se les atribuyan los aquelarres y se las acuse de herejía, que la Inquisición se encargará de combatir por toda Europa.

El atractivo suscitado por las cuestiones relacionadas con la magia y con el misterio que rodea a sus ejecutoras se traslada a la literatura ya durante la Edad Media, momento en el que tuvo lugar la aparición de libros supuestamente elaborados por brujas, brujos o hechiceras, que describen las más variadas prácticas mágicas; Rainer W. Klein relaciona obras como “La clave de Salomón”, “Hermes Trimegisto”, “El Libro de la Muerte”, “El Libro de las Cosas Secretas”

o “El Gran Grimorio”, entre otros, apuntando que, pese a ser condenados por la iglesia, fueron copiados y distribuidos por los monjes para su difusión (KLEIN, 2004, p. 27).

En cuanto a la figura de las brujas, en la España de la Edad Media empiezan a aparecer obras en las que se hace referencia a hechizos y encantamientos en el anónimo “Libro de Apolonio” (fechado hacia la segunda mitad del siglo XIII), “El conde Lucanor” (escrito hacia 1330 por el infante don Juan Manuel) o “El Libro del buen Amor” (datado en fechas similares al anterior y escrito por el Arcipreste de Hita), que constituye el precedente de la bruja por excelencia en nuestras letras, “La Celestina” de Fernando de Rojas, escrito hacia finales del siglo XV, que incorporan episodios adivinatorios inspirados en la literatura clásica. Otros autores como Quevedo (“El Buscón”), Cervantes (“La Gitanilla”, “El coloquio de los perros”) o Lope de Vega (“Entremés de la hechicera”, “El caballero de Olmedo”) representan en sus obras a brujas y hechiceras, mujeres relacionadas con la magia de una u otra forma.

Posteriormente, con el auge del racionalismo, se renuncia a incorporar este tipo de elementos en la literatura, hasta que son recuperados en el siglo XIX, en las “Divinas Palabras” de Valle Inclán o las “Cartas desde mi celda” de Bécquer.

No es hasta el siglo XX europeo cuando todos estos relatos pasan a formar parte de la literatura infantil. En contra de lo que pudiera pensarse, los que actualmente conocemos como cuentos infantiles clásicos no fueron escritos en un primer momento destinados al público infantil, como coinciden en apuntar diferentes autores (LLUCH, 2007), sino que, tomados de la tradición oral, estaban destinados a los cortesanos. Sin embargo, muchos de éstos, especialmente los fantásticos y maravillosos, pasaron con el tiempo a formar parte de la literatura para niños. Teresa Colomer (2007) ejemplifica esta idea haciendo referencia al cuento de “Caperucita Roja”, uno de los más conocidos y reinterpretados en nuestra cultura, que procede de la tradición oral, siendo escrito en su primera versión por Perrault, en sus “Histoires ou contes du temps passé, avec des Moralités. Contes de ma mère l’oie” (1697), quien eliminó algunos de los elementos de las versiones orales y folclóricas para adecuarlos al gusto del público de la corte de Luis XIV. Perrault, en esta obra, mantiene un objetivo moralizador que se incrementa todavía más en el

siglo XVIII con el desarrollo de la pedagogía, perfilándose los motivos y temas que a partir de entonces se harán clásicos en la literatura infantil.

Así es como las brujas se incorporan a los libros destinados a la infancia, aunque como se verá, cambiará el papel que juegan en los cuentos contemporáneos en relación a los clásicos, manteniendo sin embargo sus atributos, como a continuación se pasa a describir.

Los atributos de las brujas

La primera de las características que comparten todas las brujas, ya sean las que aparecen en los cuentos clásicos como en los contemporáneos, es el hecho de ser mujeres. Como apunta Teresa Durán, entre los seres relacionados con la magia existen brujos y brujas; pero sin embargo, ambos términos no son el masculino y el femenino de una misma categoría:

No debe confundirse a una bruja con un brujo. Sus diferencias no estriban en el género gramatical, sino en la práctica hechicera. Los brujos son excelentes en la previsión astrológica y meteorológica; las brujas en ungüentos medicinales y en consejos sentimentales, incluidos los filtros amorosos y el mal de ojo (DURÁN, 1989, p. 23).

Tal vez en esta diferente valoración moral de unas y de otros tenga que ver la misoginia a la que anteriormente se hacía referencia, basada en el temor que producía en los varones la vinculación femenina con la naturaleza y el poder que esto les otorga, pero ya Sebastián de Covarrubias, en su “Tesoro de la lengua castellana o española” (1611) afirmaba:

[...] hase de advertir que, aunque hombres han dado y dan en este vicio y maldad, son más ordinarias las mujeres, por la ligereza y fragilidad, por la lujuria y por el espíritu vengativo que en ellas suele reinar, y es más ordinario tratar esta materia debajo del nombre de bruxa que de brujo (COVARRUBIAS, 1611 apud MORGADO GARCÍA, 1999, p. 136).

Otro rasgo distintivo de las brujas es que -contrariamente a otros personajes arquetípicos de los cuentos infantiles como las hadas,

que ya nacen dotadas de poderes- no se nace bruja, sino que tal categoría se adquiere, generalmente a través de un pacto con el diablo, que a partir del siglo XIII será relacionado con la totalidad de las prácticas de herejía. Es el diablo quien enseña a las brujas aquello que saben dotándolas de poder, y quien además, a través de los rituales practicados en los aquelarres, las aparta del buen camino, ya que éstos comprenden todo tipo de aberraciones de carácter gastronómico (comer niños), sexual, etc. Tal apartamiento de las virtudes hace que las brujas sean consideradas herejes, personas apartadas por completo de lo que debería ser el ideal de mujer: la Virgen María. Como apunta Caro Baroja (1990, p. 210),

la cosa tiene explicación sencillísima y obedece a sentimientos profundos. La virginidad y la maternidad son los estados más odiosos para la bruja, corruptora o corrompida, y estéril o sembradora de esterilidades y muertes infantiles. La bruja reniega de Dios y de la Virgen: incluso en los cuentos y consejas.

Esta bruja satánica, aliada del diablo, es representada como una mujer mayor, fea y desagradable. De nuevo acudimos a Caro Baroja, quien aporta una explicación a este hecho citando el “Tratado muy sutil y bien fundado d’las supersticiones y hechicerías” (1529) de Fray Martín de Castañega:

E más son de las mujeres viejas e pobres que de las moças e ricas, porque, como después de viejas los hombres no hazen caso dellas, tienen recurso al Demonio que cumple sus apetitos, en especial si quiando moças fueron inclinadas e dadas al vicio de la carne. A estas semejantes engaña el Deminio quando viejas prometiéndolas de cumplir sus apetitos e cumpliéndolos por obra, como adelante se dirá. E más ay de pobres e necessitadas, porque como en los otros vicios la pobreza es muchas veces ocasión de muchos males en las personas que no la toman de voluntad o en paciencia. (CASTAÑEDA apud CARO BAROJA, 1990, p. 208).

Como apunta Umberto Eco en “Historia de lo Feo”, la atribución de belleza o fealdad no obedece siempre a criterios estéticos, sino en muchas ocasiones, a criterios sociales. Por tal razón, a nuestro juicio, esta atribución de rasgos físicos desagradables tiene

una base moral: la identificación de lo bueno con lo bello y de lo malo con lo feo, con lo antiestético, con lo siniestro, incluso con lo oscuro. Esta identificación será una constante en los cuentos infantiles, que dotan a hadas, princesas y príncipes azules de belleza, pelo claro y ropa luminosa, mientras que ogros, brujas y personajes malvados visten de oscuro y generalmente son poco agraciados.

Un nuevo elemento a añadir al arquetipo de la bruja es su posibilidad de volar para desplazarse de un sitio a otro o hasta los lugares en los que tienen lugar los aquelarres. Esta capacidad puede ser debida a la aplicación de algún preparado de plantas venenosas como la cicuta o la belladona y aparece referenciada por vez primera en el “*Fornicarius*” (1437) de Johannes Nider, o también a la utilización de escobas (en otras ocasiones pueden ser azadas o palas), que son los elementos más mencionados en la literatura infantil, y que fueron referenciadas en primer lugar en un margen de página de “*Le champion des dames*” (1451), de Martin le Franc, simbolizando, al decir de Lara, el sueño de evasión de las mujeres en una época histórica en la que estaban sometidas a los varones, y más por sus condiciones sociales de pobreza y marginación (LARA, 2010, p. 75). Pero además de poder volar, a las brujas se les atribuye el poder de metamorfosearse en animal casero como el gato, lo cual les permite acudir a determinados lugares sin que su presencia sea notada y sin levantar sospechas. Teresa Durán comenta irónicamente que en más de una ocasión, las historias cuentan que, tras haber apedreado a un gato unos mozos gamberros, al día siguiente aparecía alguna vecina con un moratón o un chichón difíciles de explicar (DURÁN, 1989, p. 22). Y por último, y también relacionado con los animales, hay que mencionar que en casi todas las tradiciones las brujas van acompañadas de animales, el más frecuente de los cuales es el gato negro (de nuevo lo oscuro asociado al mal), que la ayudan en sus prácticas mágicas e incluso, en ocasiones, le dan su sangre para ser utilizada como tinta con la que escribir las fórmulas de algunas de sus pócimas. La presencia de este animal tiene, según Lara, un origen remoto, ya que el gato era un animal sagrado en el antiguo Egipto, que se asociaba con Hator y con Isis, de quien era considerado una reencarnación; en otras culturas, el gato simbolizaba la luna y representaba la fecundidad, aunque fue denostado por el cristianismo, vinculándose al entorno de las brujas (LARA, 2010, p. 75).

Las brujas en la literatura infantil

Dotadas de todos estos atributos aparecen las brujas en los cuentos infantiles, si bien es cierto que, como personaje arquetípico, su apariencia y sus funciones han ido cambiando, pudiendo establecerse una diferencia notable entre las brujas de los cuentos clásicos y las que se presentan en los cuentos contemporáneos, como trataremos de ver a continuación.

En los cuentos clásicos, las tipologías morales se presentan muy marcadas, con el fin de mostrar de un modo explícito los modelos que se han de seguir y los que han de ser evitados, sin dejar espacio para la reflexión y la toma de decisiones personales y autónomas. En el caso de las brujas, éstas personifican todos los aspectos del mal moral, alejándose poco del arquetipo construido durante la Edad Media, marcado, como ya se ha visto, por una misoginia que hacía malo y condenable el intento de esas mujeres por vivir al margen de la autoridad masculina. Físicamente son caracterizadas como viejas y feas, con verrugas, una gran nariz y una mirada siniestra, lo que les confiere un aspecto temible; por ejemplo, en “Hansel y Gretel” puede leerse la siguiente descripción: “Las brujas tienen los ojos sanguinolentos y no ven de lejos, pero poseen un olfato tan fino como los animales y notan cuando se aproximan seres humanos” (GRIMM, GRIMM, 2001, p. 33).

Sus vestimentas son oscuras y, generalmente, además de la escoba, portan un sombrero puntiagudo o alguna prenda que les cubre la cabeza, además de ir acompañadas de un gato negro. Viven aisladas del resto de la sociedad (“Hansel y Gretel”), en una casa en medio del bosque y hacen pócimas y maleficios para causar daño a las personas, como ocurre en “Blancanieves”: “Y con las artes de bruja que ella conocía hizo un peine envenenado” (GRIMM, GRIMM, 2001, p. 41).

En ningún momento la bruja es la protagonista de la historia, ya que en este tipo de cuentos el bien siempre triunfa sobre el mal y los malos siempre acaban siendo castigados mientras que los buenos son recompensados. Su derrota final tiene en muchas ocasiones un escenario relacionado con el fuego, considerado como un elemento purificador. Así, en “Hansel y Gretel” puede leerse: “La horrible bruja ardió de forma miserable” (GRIMM, GRIMM, 2001, p. 34); e igualmente, en “Blancanieves” los zapatos ardientes constituyen el

horrible castigo: “Pero ya habían sido colocadas al fuego unas sandalias de hierro y se las trajeron con tenazas y las pusieron ante ella, tuvo que ponerse los zapatos ardiendo como brasas y bailar hasta que cayó muerta al suelo” (GRIMM, GRIMM, 2001, p. 44).

Por el contrario, en los cuentos contemporáneos, el arquetipo moral de la bruja va cambiando, ya que es fruto – y transmite – un tipo de sociedad que ya no considera de la misma forma los valores del patriarcado. Las brujas, ahora, ya no son esos personajes enfrentados por su autonomía a la sociedad dominada por los varones, sino que de alguna manera regresan a su función arquetípica originaria como representantes de las fuerzas naturales. Así, en los últimos tiempos, se advierte cada vez más un sentimiento positivo hacia ellas, que se ve reflejado en la literatura infantil; la función meramente moralizante y transmisora de los estereotipos sociales de los cuentos tradicionales pierde fuerza, ganándola en su lugar la idea de que el papel educativo de la literatura ha de proponer modelos y no imponerlos. Como apunta Almodóvar,

[...] tras aquella oleada de descrédito en que se vieron envueltas hadas y brujas (no me parece casualidad por la misma época en que se desarrollaron las libertades en el Occidente europeo) se nos vuelven a aparecer hoy, pero ya como personajes equívocos, plenos de ambigüedades y acompañados de otros idolillos proteicos, cuya función no siempre coincide con su apariencia. Los libros infantiles se pueblan de pronto de brujas guapas, monstruos generosos, hechiceras benignas y un sinfín de personajes diminutos que pululan en atroz mescolanza por páginas impresas y vídeos de televisión.

Ya sé que en el fondo subsiste un marcado esquematismo de “eterna guerra del bien contra el mal”, pero el propósito moralizante se ha ido diluyendo hasta quedar en mero pretexto (ALMODOVAR, 1989, p. 9).

Así, la literatura infantil contemporánea recupera a las brujas como personajes, convirtiéndolos, en muchas ocasiones, en protagonistas, que ejercen una función de ayuda a los seres humanos, dotando, además, de un toque divertido al argumento y llevando la problemática actual a la literatura destinada al público infantil. Pueden establecerse varios tipos de temáticas en los cuentos de brujas actuales:

El primero de ellos es el que tal vez esté menos apartado del arquetipo clásico, ya que sigue adjudicando a las brujas un papel malvado, identificándolas con los problemas del mundo contemporáneo, aunque su resultado no sea siempre afortunado, como sucede en “La bruja gris y la guerra de los tapones”, de N. Zorzetti (Altea, 1985). Malvada es también la protagonista de “La bruja que no sabía reír” de H. Mas (Edebé, 1997), que hechiza a los niños para que lloren, hasta que es vencida por un anciano que consigue que el encantamiento quede sin efecto. O “La bruja Mon”, de P. Mateos (SM, 1984), que presenta a una bruja más ingenua que perversa, a la que sus maleficios siempre le salen mal.

En otro tipo de cuentos, la bruja continúa siendo una personificación del mal, aunque su apariencia ha cambiado, y ahora es presentada como una mujer de hoy, pese a que en el interior de su indumentaria esconda los caracteres distintivos de su condición. Un ejemplo de ello es “Las brujas”, de R. Dahl, donde la protagonista lleva una peluca que disimula su calvicie y unos guantes y zapatones enormes para que no se noten las deformidades de sus manos y pies. María, la niña protagonista de “Mi vecina es una bruja” de P. Bordons (Edebé, 1999) tiene que trabajar duro para desenmascarar a su vecina del ático quien, oculta bajo una apariencia normal, pasa desapercibida para el resto de la comunidad.

Vestidas como personas normales, aunque en este caso representando el bien aparecen también las brujas de “Oposiciones a bruja y otros cuentos” de J.A. Del Cañizo (Anaya, 2000) o “Manual para una pequeña bruja”, de G. Sánchez García (Edebé, 2015). En este tercer tipo de cuentos, las brujas son personajes buenos y amables, con un aspecto común aunque con poderes mágicos, que a veces toman la forma de rarezas, que ayudan a las personas e incluso contribuyen a hacer su vida más divertida. Otros ejemplos de este tipo son las “Brujas” de C. Hawkins (Noguer, 1989), quien, a través de una serie de datos que proporciona a las lectoras/es, acaba convenciéndolos de que su propia abuela es una bruja, divertida y afectuosa, merecedora de todo el cariño, con quien resulta positivo relacionarse. En la misma línea está “Lo malo de mamá” de B. Cole (Altea, 1988), que trata de la madre de un niño que consigue vencer la discriminación que sufren ella y su hijo a causa de su aspecto estafalario.

Pero quizá la variante que aparece con más frecuencia, siendo al mismo tiempo la más innovadora, es la de aquellos cuentos que presentan una transvaloración de valores, que convierte a la bruja en representante del bien, proponiendo los valores que actualmente se consideran deseables en nuestra sociedad contemporánea. De este tipo puede ser citada “La bruja doña Paz”, de A. Robles (Miñón, 1989), en donde la protagonista, Paz, se aleja del grupo de brujas malvadas y, ayudada por seis niños de diferentes etnias, lleva la paz a un lugar asolado por el conflicto bélico. En “Amelia, Amalia y Emilia” de A. Gómez Cerdá (SM, 2008), estas tres brujas amigas consiguen salvar el bosque de Urbecualquiera. La misma temática ecológica aparece en “La bruja de la montaña”, de G.C Díaz (SM, 1990), donde una bruja que tiene constantemente accidentes contra los árboles y desea cortarlos, es convencida por sus amigas para que no lo haga.

La cuestión social es abordada en “El balcón de la bruja sin nombre”, de A. Gómez Cerdá (SM, 1999), que critica la pérdida de imaginación que conlleva la sociedad tecnológica, confiando en las culturas consideradas menos avanzadas para mejorar el futuro de la humanidad. “La bruja del gato”, de K. May (Edelvives, 1997) valora la capacidad comunicativa de las personas, enseñando que no ha de ser empleada para criticar y destruir a los demás. En la ya citada historia de “Amelia, Amalia y Emilia” sus tres protagonistas pertenecen a etnias diferentes, conviviendo en armonía. “Abradababra pata de cabra”, de M. Lobe (SM, 1988) combate las actitudes sexistas...

En definitiva, las brujas de la literatura infantil contemporánea, no viven aisladas y enseñan a los lectores y lectoras una vida más acorde con los valores de nuestra sociedad actual; su papel no es ya secundario sino que ahora son protagonistas de nuevas historias que conservan los tradicionales personajes pero dándoles un nuevo sentido. Los mensajes que ahora transmiten los cuentos se valen de las brujas, que ahora son personajes cercanos y afables, para llegar a las niñas y niños; empoderándolos, en última instancia, para transformar el mundo.

Referencias

- ALMODOVAR, Antonio Rodríguez. Sobre hadas y brujas. Mixtificaciones antiguas y modernas. **CLIJ**, n. 9, año 2, p. 8-11, sept. 1989.
- COLOMER, Teresa. La formación y renovación del imaginario cultural: el caso de *Caperucita Roja*. In: LLUCH, Gemma (Coord.). **Invencción de una tradición literaria**: de la narrativa oral a la literatura para niños. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007. p. 53-89.
- CARO BAROJA, Julio. **Vidas mágicas e Inquisición**. v. I. Barcelona: Círculo de Lectores, 1990.
- DURÁN, Teresa. A las buenas y a las malas. **CLIJ**, n. 9, p. 16-23, sept. 1989.
- ECO, Umberto. **Historia de lo feo**. Barcelona: Lumen, 2007.
- ELIADE, Mircea. **Lo sagrado y lo profano**. Barcelona: Guadarrama, 1967.
- GRIMM, Jacob; GRIMM, Wilhelm. **Los mejores cuentos de nuestra vida**. Madrid: Anaya, 2001.
- GRIMM, Jacob; GRIMM, Wilhelm. **Los mejores Cuentos de siempre**. Barcelona: Sol, 2012.
- KLEIN, Rainer W. **Brujas, magos y hechiceros**. Buenos Aires: Grupo Imaginador de Ediciones, 2004.
- LARA, Eva. **Hechiceras y brujas en la literatura española de los siglos de oro**. Valencia: Universidad de Valencia, 2010. Disponible em:
<<http://parnaseo.uv.es/Editorial/Parnaseo13/Parnaseo13.pdf>>.

LLUCH, Gemma. De los narradores de cuentos folclóricos a Walt Disney: un camino hacia la homogeneización. In: LLUCH, Gemma (Coord.). **Invención de una tradición literaria**: De la narrativa oral a la literatura para niños. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007. p. 17-52.

MORGADO GARCÍA, Arturo. **Demonios, magos y brujas en la España moderna**. Cádiz: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1999.

PERRAULT, Charles. **Cuentos de Antaño**. Madrid: Anaya, 1983.

Enviado em: 15/05/2015

Aceito em: 07/06/2015